

Firmes en la libertad

Por Daniel Del Vecchio

Lugar: Granada

Fecha: 9 de noviembre de 2003

“Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud.” (Gálatas 5:1)

Estando en Cuba, edificando la iglesia, veía pasar muchas yuntas de bueyes, uncidas, curiosamente, por la cabeza y no por el cuello. El labrador de vez en cuando les clavaba la ijada en sus costillas y con sus cabezas amarradas al yugo, tiraban del timón del arado. Se movían a la par y forzosamente lo que hacía uno, tenía que hacer el otro. Es la imagen que veo al leer este versículo.

Aquí el apóstol Pablo se refiere al yugo de la ley, esclavitud bajo la cual se encuentran muchos cristianos. Aunque creen en Jesucristo, todavía no han entrado en el reposo de Dios y siguen luchando para agradecerle. La ley no justifica, sino que condena, acusa, y trae maldición.

Existen igualmente, otros yugos que acarreamos atándonos a la mente del mundo y del enemigo. Se trata sobre todo de ataduras terribles de culpabilidad, puesto que el objetivo de Satanás, acusándonos incesantemente, es tratar de deshacer la obra redentora de Jesucristo. Cuando Adán y Eva pecaron lo primero que sintieron fue culpabilidad, luego temor y por último la separación de Dios. También hay yugos de temor. El temor a la enfermedad, a la soledad, al abandono; a ser carga a la familia. Son yugos que nos apresan y oprimen. Nuestra mente tiene que estar sujeta a la mente de Cristo: *“No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente”*. (Juan 5:19). Cada mañana tenemos que clamar: ¡Señor danos tu mente! Cristo hacía siempre lo que agradaba a Dios y podía decir con plena confianza y total convicción: *“Padre, gracias te doy por haberme oído .Yo sabía que siempre me oyes”*. (Juan 11: 41.42)

Del mismo modo, hay leyes evangélicas que nosotros mismos nos imponemos. Creemos que tenemos que ganar más almas, orar más, rendir más, etc... Persistentemente, está el yugo del legalismo hostigándonos. Marginamos a Cristo y relegamos su victoria, en la cruz del Calvario. Olvidándonos que Él cargó con todas nuestras culpas e iniquidad, revocó los preceptos que nos condenaban, despojó principados y potestades: *“anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz, y despojando a*

los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz.” (Colosenses 2:14.15)

Por consiguiente, estos yugos causan condenación, culpabilidad, confusión, tristeza. Nos impiden servir al Señor con sinceridad, gozo y alegría. Sintiéndonos cada vez más afligidos, no testificamos y nos lamentamos porque no cosechamos almas. La conciencia es como esa ijada clavada en las costillas de los bueyes, está constantemente acusándonos y mortificándonos, pero, gracias a Dios, tenemos un abogado defensor: “y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo.” (1ª Juan 2:1)

Asimismo, se utilizan los diezmos como látigo. El diezmo es como el sábado, que fue creado para el hombre, no el hombre para el sábado, por lo tanto, el diezmo es para bendecirte a ti y a la iglesia. La Palabra de Dios nos dice que demos con libertad, no por imposición ni coacción. “Cada uno dé como propuso en su corazón: no con tristeza, ni por necesidad, porque Dios ama al dador alegre.” (2ª Corintios 9:7). Muchas de las predicaciones que se escuchan en la televisión, son como flagelos de castigo que obligan a las ovejas hacer y a dar pero “...Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad”. (Filipenses 2:13)

El diablo persigue robarnos la fe, el gozo, la paz, separarnos de Dios, meternos en un pozo de desesperación y ahogarnos. “El ladrón no viene sino para hurtar y matar y destruir”. (Juan 10:10). Sin el gozo no hay fuerza ni futuro. Si pensamos en el futuro, sólo hay abatimiento. En lugar de la vida abundante que Jesucristo nos prometió, hay miseria: “yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia”. (Juan 10:10). En vez de fe tenemos dudas y nos sentimos apartados del Padre: “y al que a mí viene, no le echo fuera”. (Juan 6:37). Bajo la tiranía del tormento difícilmente podemos acercarnos a Dios y tener libertad para orar y amarle.

Cristo vino a abolir la condenación pagando el precio de todos nuestros pecados. ¿Cómo puede Dios justificar al injusto?, ese es el milagro de la cruz. Él declara justo al impío porque Él mismo nos da su justicia: “Y se cumplió la Escritura que dice: Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia, y fue llamado amigo de Dios”. (Santiago 2:23). Pero, al aumentar las pruebas e intensificarse la batalla, se puede perder ese lugar de completa confianza en la Palabra de Dios. Tenemos que luchar para recuperar “el reposo” en donde no hay temor ni duda, de que Dios nos ama, nos ampara, tiene absoluto control y está por encima de todas las circunstancias.

Jesús hizo una obra completa en la cruz y dijo: *“Consumado es”*. (Juan 19:30) Cuando nos convertimos nos bautizamos y somos miembros de la iglesia, entramos en la obra perfecta y terminada de Cristo. Seamos libres en la libertad con la cual Dios nos hizo libres, no encadenándonos con ligaduras de opresión. La Biblia dice: *“Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”*. (1ª Juan 1:9)

La ley siempre condena, porque si fallamos en un punto fallamos en todo y si vivimos con esa imposición decimos: *“he fracasado, no valgo nada, no sirvo”*. Dios desea que le sirvamos sin temor: *“Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!”*. (Romanos 8:15) Las buenas nuevas son que Jesucristo tomó en la cruz todas nuestras transgresiones; pasadas, presentes y por hacer. Proclamemos con fe, soy la justicia de Dios en Cristo Jesús *“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”*. (2ª Corintios 5:20)

El Señor nos ha sacado del pozo cenagoso. Ha puesto nuestros pies sobre la Roca que es Cristo y un cántico nuevo en nuestras vidas. Cada pensamiento que trae contradicción, desconcierto, no proviene de Él. Si te roba la paz, te quita el gozo, te causa depresión, te susurra no hay esperanza, ni futuro, es del enemigo, recházalo. Tu futuro no está determinado ni por tu pasado ni por tu presente. Declaremos lo que Dios dice en su Palabra, no lo que dice el yugo de la ignominia y del oprobio. *“Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación”*. (Romanos 10:10)

Confieso que Jesús es mi Salvador
Confieso que Él termino la obra en la cruz
Confieso que soy amado de Dios
Confieso que Dios me protege por su gracia

Dios ha enviado su Palabra para sanarnos, es como una semilla que hay que cuidar y guardar hasta verla brotar: *“Porque como descende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra, y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié”*. (Isaías 55: 10.11)

Cuando los hijos de Israel andaban por el desierto y llegaron a las aguas de “Mara” no pudieron dar de beber a sus familias, sus niños y su ganado, porque eran aguas amargas. Entonces el pueblo empezó a quejarse y a murmurar. En la vida cristiana, a menudo, nos hallamos también como en un desierto, sólo hay ingratitud, lamento, negativismo y amargura.

Llegamos a ilusionarnos con el matrimonio, la familia, los hijos, la iglesia y nos disponemos a “beber”, pero el trago es amargo, no es lo que esperábamos y sobreviene la decepción. En estas pruebas amargas, es preciso echar la cruz de Cristo dentro de las aguas para endulzarlas y así sanar nuestra alma de los azotes del desengaño, aflicción y sufrimiento. La vida cristiana es difícil, pero posible con la gracia de Dios que es gratuita. Ni se puede comprar ni ganar. Es nuestra herencia, nos pertenece por Cristo Jesús. Hay que creer. Aún la fe la da Dios: *“Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios”*. (Romanos 10:17)

Tenemos que salir del desierto y creer que Dios está haciendo una obra nueva. Resistamos a nuestros enemigos con la ley del espíritu que es la ley del amor de Dios y mantengámonos firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no sujetos ya al yugo de esclavitud.

“Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro”. (Romanos 8: 37.39)

ORACIÓN

Padre Santo, en el nombre de Cristo, presentamos nuestras vidas delante de ti. Tú conoces cada corazón, dolor, aflicción y a los que están sufriendo, atados al yugo satánico de la carnalidad y la condenación que controla sus mentes, impidiéndoles pensar. Otros sufren acusaciones y sabemos que el acusador de los hermanos es Satanás pero ha sido vencido.

Muchos de tus hijos están bajo el manto de tristeza y de angustia. Han bebido aguas amargas. Pedimos, Señor, sanidad física y emocional para todo tu pueblo. Sánanos de estos dolores, condenaciones y de todo legalismo. Rompe, en el nombre de Cristo, los yugos que atan las mentes de los hijos para que puedan servirte sin temor, con gozo y alegría.

Dios nos ha declarado justos, Satanás no nos puede condenar. Hay un reposo para el pueblo de Dios. Señor, hemos cometido errores pero Tú nos limpias con tu sangre. Libres somos por la gracia de Cristo. Nuestro futuro está en tus manos. Gracias Señor, en el nombre de Jesucristo. Amén.